

Morelia, Mich., a 12 de febrero de 1978.

51

Señor Profesor  
Leopoldo Herrera.  
Oculistas, No. 25.  
Col. SIFON. México 13, D. F.

Muy estimado maestro:

Estoy seguro de que no estima usted suficientemente el agradecimiento que le he expresado y que le expreso ahora, por la deferencia que me dedicó con el envío de sus composiciones musicales en grabaciones magníficas, tanto por quienes ejecutan las piezas de arte, como por la técnica de la impresión de ellas en los discos respectivos.

Recuerdo--cosas de mi lejanísima vida estudiantil en compañía de José su hermano-- que se le mencionaba, Profesor, como buen guitarrista, hábil pulador de "la gemidora" (como solía decir mi compadre Ramón Rodríguez en sus pláticas con el inolvidable Juan Ayala. No sé cuándo empezaría usted a "profesar" como compositor, pero cualquiera que haya sido tal instante, merece que se le dirija el anhelante grito de Goethe: ¡Detente, pues eres bello! Fue, en verdad,-- un ierto.

Armado como estoy --y se lo dije en mi anterior-- de un viejo aparato - RCA Víctor--; cosas de mi tiempo!-- inmediatamente que recibí su regalo me puse a disfrutarlo. Quisiera describirle mi emoción, y como no soy músico, me valdré de mi muy personal manera de formular mis esfuerzos de comunicación: creo que-- le sobran a usted recursos estéticos para imaginar ante el estímulo de sus melodías, las vivencias de un invencible anhelo de resurrección. A este respecto, la leyenda atribuye al Jesús de los Evangelios haber confiado a la mujer, el más bello de nuestro mundo, los mensajes relativos a su muerte y a su vuelta a la vida perdurable, de la desaparición un pasado mediante los partos de un porvenir. El mensaje de una limitación se transforma en universalidad junto al -- pozo de Siquém, frente a la incomparable belleza de la Samaritana; la belad de Magdalo anuncia no sólo a sus amigos, sino al mundo de todos los tiempos, en el amanecer de un domingo, el "surrexit" con que se engendró el cristianismo. Algo como lo que debió sentirse por los que lo amaban, al formularse el anuncio de la supervivencia, siento yo al recibir el maná espiritual de sus canciones. En el mundo actual parece hacerse verdad aquella interrogación de Víctor Hugo: ¿No habrán confundido (los humanos) el día con la noche?...

En una conocida obra irónica de Soiza Reilly (no recuerdo la ortografía del nombre, pero se trata del autor de EL ALMA DE LOS PERROS), un personaje le dice a Floripón (personaje de la novela): ¿No oyes ese ruido fatídico? Es un sonar de huesos, es la Muerte que viene a buscarte, Floripón!... No, Profesor, no crea que me he distraído, sino que me parece que esta humanidad, a mi modesto modo de ver, "ha confundido el día con la noche" y la música que la divierte es como el "sonar de huesos" que Juan José de Soiza Reilly quería que oyera la pobre Floripón.

Su música, mi estimado maestro, me hace pensar en lo que nuestros hombres han intentado asesinar: la belleza, y mi sensación personal es la de que en sus notas y en sus poemas (letras) vibra el amor luminoso que esclareció al mundo en la eterna mañana de aquel domingo de hace veinte siglos.

Gracias por el regalo de esa vivencia, gracias por esa fe, gracias por esa renovación de esperanza.-- S.S.

Manuel López Pérez.